



José María Figueras, representante del capitalismo especulador, ex porciolista y ahora ucedista, que se asienta así en la política catalana.

## Folchi: Victoria

El consejero de Economía y Finanzas de la Generalitat, el ucedista Folchi, está sentado en su despacho cuando suena el teléfono. Escucha unos segundos, se le ilumina el rostro y con los dedos compone el signo de la victoria. "Hemos ganado. ¿No querían guerra? Pues ya la tienen. Les ganamos la presidencia del Club de Fútbol Barcelona y ahora la Cámara".

Los derrotados son los pujolistas que apoyaban la candidatura de Riba Ortíz, doce años vicepresidente de la Cámara con Ribera Rovira y presidente además de la Feria de Muestras. Frente a él, José María Figueras, fracasado en el intento de reeditar la Lliga de Catalunya el pasado 15 de junio, consejero de Gros, vinculado al Banco de Progreso; Harry Walker, grupo inmobiliario Habitat, hombre de Construcciones Españolas, S. A., que edificó el barrio obrero de San Ildefonso, en Cornellá, sin parangón en el urbanismo del capitalismo contemporáneo. En su candidatura figura Guillermo Bueno Henke, del Banco Conea-Rumasa, ex delegado de servicios del Ayuntamiento de Barcelona con Porciolos, y también Joan Gaspar, actual vicepresidente del C. F. Barcelona. Convergencia Democrática no ha podido frenar la penetración de capital adscrito a la UCD en la política empresarial catalana, a diferencia del éxito del Partido Nacionalista Vasco, que se ha hecho con la presidencia de la Cámara en Bilbao.

Jordi Pujol, dos días después de la derrota de su candidato, escribía también en "La Van-

guar", dejando traslucir su preocupación, que "si Cataluña acepta el sucursalismo, si no consolida una fuerza importante, para la cual la defensa de los intereses catalanes sea prioritaria, quedará inerte en mano de los partidos de Madrid, por mucha que fuere la buena voluntad que puedan aportar algunos de sus representantes aquí".

## Asoma Ortíz

El mismo día en que se daba por muerta la Entesa dels Catalans, a través de la rueda de prensa ofrecida por los socialistas de Catalunya, el consejero de Gobernación de la Generalitat, Manuel Ortíz, había acudido a la entidad que tradicionalmente ha agrupado a la patronal catalana, El Fomento del Trabajo, para pronunciar "las palabras más empresariales jamás escuchadas en esta sala", según resaltó un empresario durante el coloquio. Ortíz levantó el decaído orgullo de la burguesía catalana llamando al empresariado a intervenir directamente en política, porque "queda lejos el final de la guerra civil, cuando la burguesía pactó tácitamente con el nuevo régimen, renunciando al poder a cambio de seguridad y beneficios". Sin proponer directamente ningún tipo de antimarxismo, Ortíz se erigió en cerebro de la recuperación empresarial, que no se para en las puertas de la política, sino que intervendrá directamente en ella: UCD y Convergencia Democrática se le ofrecen como caminos viables, ahora con ligera ventaja de la opción suarista. ■

LoS  
CoNteM  
poRa  
nEoS

## EL VOTO Y EL MIEDO

**H**AY una pequeña frase que se repite mucho estos días: cada vez que se pronuncia la palabra elecciones hay un interlocutor astuto y suficiente que añade con una leve sonrisa: "... si se llega a ellas...". No importa la ideología de ese hombre suspicaz y listo. Se les oye a derechistas, a derechistas disfrazados de izquierdistas, a izquierdistas disfrazados de izquierdistas, a izquierdistas de corazón. Para unos será un tema de esperanza; para otros, un cierto regodeo morboso. ¡La izquierda es tan morbosa! Apenas la Historia la ha dejado ser otra cosa, apenas la vida la deja más recurso que un pesimismo irónico y tranquilo, y una paranoia que es un lugar de refugio para el que no tiene otra cosa.

Los supervivientes de la guerra recuerdan todavía una frase que la radio repetía una y otra vez —por la voz de un locutor, Augusto, que era comandante de carabineros—, en la que se decía: "No pasa nada, y si pasa, no importa". Estaba pasando todo, y luego importaría de una manera decisiva. Pero la frase reflejaba ya la paranoia de la izquierda, por lo menos su neurastenia (la neurastenia es de izquierdas, la histeria es de derechas; la neurastenia es la enfermedad del que tiene contradicciones entre sus necesidades y su idea general de la vida y la realidad del poder que es "ancho y ajeno", como decía el brillante neurasténico izquierdista Ciro Alegria: la histeria es la enfermedad de quien tiene el poder, limitado y propio, y teme que se lo asalten otras realidades que se niega a ver). Reflejaba también un cierto heroísmo, diríamos que cristiano, de mártir, que responde no importándole lo que le hagan, aunque le importe profundamente: es una manera de seguir adelante frente a una adversidad.

¿Se llegará a las elecciones? Claro que se llegará. Y si no se llega, importa mucho. Tal como está enfocado el tema, no parece que lo que se está planteando por la derecha es no llegar a las elecciones, sino que se llegue con la impresión de que no se va a llegar: con apuros, con angustia, con el jadeo terrible del —mal— corredor de fondo que se está desplomando al llegar el último a la meta. Que ese miedo actúa como un factor de la campaña de propaganda electoral. Que influya en el voto. Que, una vez más, se vote por mecanismos de defensa más que por mecanismos de opción y de elección libre.

Paralelamente cunde otra frase, ya dirigida al pasado, pero medida en esta misma línea: "Realmente, ¿era necesario haber convocado elecciones?". Recuerda un poco la oración en solicitud de milagro que empleaba el parálitico de Lourdes mientras su silla de ruedas se despeñaba por la rampa del lugar de los prodigios: "Dios mío, ¡que me quede como estaba!".

Pero se estaba mal. Se estaba con unas Cortes elegidas con prisas y con angustias para partidos recientemente legalizados, que, como se recuerda en el diálogo de una audaz película recién estrenada —"El diputado"—, tenían veinte días de campaña para borrar cuarenta años de franquismo. Se estaba —la izquierda estaba— forzada por un consenso, por un miedo, por unas sospechas. El problema es que estamos ahora también agarrados por el miedo, por el consenso —que es otra forma de decir miedo— y por las sospechas. Las elecciones están ahí: se van a celebrar y va a resultar e ellas lo que el elector quiera que resulten. Votar por miedo es peor que no votar, vienen a decirnos. Es verdad. La respuesta no es dejar de votar: la respuesta es quitarse el miedo antes de votar, porque de otra forma no vamos a salir adelante ahora. Ni nunca. ■

POZUELO